

“Riéndome”

Así comenzaba el último mensaje que me envió, apenas unos días antes de su marcha, y así comienzo hoy este “artículo” porque Adolfo, quienes le conocían lo saben, era de los que siempre reía, se reía de todo y de todos, aunque siempre desde el cariño e incluido de sí mismo. En aquel mensaje, el motivo de sorna era la corrupción política de esta España que nos está tocando vivir. Con sus palabras y sus chistes, relegaba a un segundo plano lo que en esos últimos días, quizás durante los últimos años, le preocupaba de verdad.

Recuerdo como si fuera ayer la primera vez que le vi. Alguien me había hablado de un tal Adolfo Berzosa, director de una revista llamada Noticias Médicas. En aquel momento, recién licenciada, recorría las redacciones de los medios de comunicación de todo Madrid *currículum* en mano. Era la época de “patearse” las empresas en un intento de que alguien te recibiera o arriesgarse con el correo postal. Adolfo me recibió. Yo no sabía con quién me iba a encontrar. No había LinkedIn ni forma de saber qué rostro tendría mi interlocutor. Y allí estaba él, medio oculto tras sus gafas de finales de los ‘90, una barba entonces oscura y espesa, pilas de papeles distribuidas por toda la mesa y una densa nube de humo sobre su cabeza. Eran las redacciones de entonces. Ese día, Adolfo me dio una oportunidad y, a partir de entonces, ya no nos separamos.

Durante años, más de diez, al salir de la redacción, hacíamos juntos parte del camino de regreso a casa. En su coche, ya no hablábamos de la actualidad en medicina ni en política sanitaria, de si estaba pendiente tal entrevista o de si había que cortar un artículo. Eran los ratos en los que me contaba historias de sus inicios en el periodismo, de cómo los profesionales de la comunicación habían vivido el caso del aceite de colza o el descubrimiento del VIH. También había tiempo para hablar de sus aventuras de juventud, coprotagonizadas muchas de ellas junto a su hermano y esa inolvidable moto que compartieron durante algún tiempo, o de ese viaje en coche por Europa con la que sería su compañera de toda la vida, su querida Charo, y con quien tendría a sus dos “cabezones”, como llamaba cariñosamente a sus hijos, Carlos y Adolfo.

Era un gran amante de la literatura y a libro por semana siempre tenía algo entre manos. Lo vivía como un auténtico ritual y en toda su plenitud: su librero de siempre, de confianza; el descubrimiento de una nueva portada; el olor y el tacto del papel y, por fin, la historia... Apasionado del cine, los lunes que tocaba hablábamos de la película del fin de semana. ¡Cómo le costaba contenerse para contar detalles que no me destrozaran una película que yo no hubiera visto! Y no menos apasionado era de las exposiciones de arte. El Thyssen, el Reina Sofía, el Prado... eran su segunda casa, la del fin de semana.

Disfrutaba también de la gastronomía, de la cocina “fina” como él decía, y disfrutaba tanto yendo a un buen restaurante como contando después con todo lujo de detalles lo que había comido. Era cocinillas y le gustaba experimentar en los fogones. Nunca comí nada que hubiera cocinado, pero olía bien hasta cuando lo narraba.

También hablaré del Adolfo periodista, del jefe y del maestro porque él fue quien me introdujo en el mundo del periodismo y de la comunicación sanitarias. Al principio, me llevaba de la mano, como se lleva a un niño, y poco a poco me fue dando aire hasta que un día lo que me dio fue su confianza. Adolfo fue quien me presentó a todos vosotros: Marisol Berbés, José María Catalán, Consuelo Cruz, Alipio Gutiérrez, Javier López Iglesias, Carmen Pino, Montserrat Tarrés, Ramón Sánchez Ocaña... Y todos vosotros, los que he nombrado y los que siguen en los puntos suspensivos, sabéis del buen hacer de Berzosa como periodista sanitario.

Siempre ocupó un papel discreto, no tenía afán alguno de protagonismo, pero desde su posición y a su manera, contribuyó de manera decisiva a este oficio, que

ejerció con dignidad durante toda su vida. Veinte años como director de “Noticias Médicas”, revista de la que había sido redactor jefe y mucho antes, como a él le gustaba decir, “plumilla”. “Noticias Médicas” fue su labor más destacada, pero no la única como periodista, previamente había estado en “Consulta” y, siguiendo sus aficiones, había colaborado con artículos culturales en el semanario “Cruz Roja”.

En sus últimos años, se volcó en recuperar la memoria de uno de esos personajes semitransparentes para la historia, la del doctor Sadí de Buen, notable por sus esfuerzos en el estudio y la erradicación de la malaria en España. Tanto investigó sobre el personaje, que eran los propios descendientes de Sadí quienes llamaban a Adolfo para verle y preguntarle detalles de la vida de su ilustre antecesor. Vivía aquellos encuentros con auténtico fervor. Su ilusión era escribir un libro que, como tantas cosas en la vida, ha quedado inconcluso.

No hace mucho, estando ya retirado, participó con un relato en el libro “Casi nueve avaros”, que se presentó en la Feria del Libro de Madrid. Por cómo hablaba de ello, me consta que lo vivió con gran ilusión y pergeñaba ya ideas para un nuevo relato y un segundo libro, aunque se lamentaba de que las cosas fueran más lentas de lo que a él le hubiera gustado.

Querido Adolfo, este “artículo” no me lo vas a poder cortar... Vaya con él todo mi cariño y un beso fuerte para ti y tu familia. Descansa en Aranda, en tu tierra, la tierra de ese corderito que tanto te gustaba...

Raquel González Arias